



a l'ombra de l'alzina  
a la sombra de la encina  
à l'ombre du chêne  
all'ombra della quercia  
Magdalena Aulina

**15-11-2019**

*«... siendo muchos, somos un solo cuerpo en Cristo, pero cada cual existe en relación con los otros miembros. [...] Que el amor no sea fingido; aborreciendo lo malo, apegaos a lo bueno. Amaos cordialmente unos a otros; que cada cual estime a los otros más que así mismo; en la piedad, no seáis negligentes; en el espíritu, manteneos fervorosos, sirviendo constantemente al Señor. Que la esperanza os tenga alegres; manteneos firmes en la tribulación: sed asiduos en la oración; compartid las necesidades de los santos; practicad la hospitalidad. Bendecid a los que os persiguen; bendecid, sí, no maldigáis. Alegraos con los que están alegres; llorad con los que lloran. Tened la misma consideración y trato unos con otros, sin pretensiones de grandeza, sino poniéndoos al nivel de la gente humilde» (de la carta del apóstol san Pablo a los Romanos 12, 5.9-16ab).*

El 15 de este mes de noviembre nos hace llegar una carta que parece que está escrita precisamente para cada uno de nosotros. San Pablo es el que nos la envía quien, de perseguidor y enemigo acérrimo de los cristianos, alcanzado por la gracia de Dios, se convirtió en apóstol de Jesús y fue el misionero más grande, un testigo fiel y valiente hasta el martirio. Pablo, un hombre con un camino de fe muy dificultoso y con un pasado como pecador, nos dirige estas preciosas exhortaciones, a través de las cuales trasluce su experiencia personal.

Descubrimos todo el amor que el apóstol también nos tiene a nosotros, que somos hermanos y hermanas, porque miembros del único cuerpo de Cristo. Nos estimula a huir del mal y a buscar siempre lo que es bueno. Nos anima a competir en estima y amor mutuo. Se dirige a nosotros, que a veces perdemos la esperanza, exhortándonos a que cultivemos la alegría, ya que a veces la decepción nos atrapa, debido a las muchas tribulaciones que nos depara la vida.

Por eso, nos invita a orar con perseverancia, porque sabe, por experiencia, cuánto lo ha fortalecido la oración para superar cada prueba y cada dolor. Más todavía, ¡incluso lo hizo feliz!

Pablo nos indica nuevamente que debemos hablar bien de los demás: incluso debemos bendecir a quienes nos maldicen y nos hacen daño... Pero, ¿cómo se hace esto?

Parece casi imposible. Ciertamente es difícil, muy difícil. Pablo lo consiguió porque se dejó conquistar por Jesús, porque abrió al amor su corazón endurecido. Cerró los ojos llenos de odio y de venganza y, tocados por la gracia de Dios, los volvió a abrir curado, capaz de ver el bien precisamente en aquéllos que él consideraba enemigos y que debía perseguirlos y asesinarlos.

Al leer las noticias en los periódicos y ver la televisión, lamentablemente sabemos cuánto odio hay en muchos, cuántas venganzas se intentan o se logran, cómo se prefiere obtener justicia por cuenta propia. ¡No ocurre así en nosotros, gracias a Dios! Pero debemos reconocer la facilidad con la que a menudo juzgamos y condenamos... Y cómo preferimos hablar mal (o, al menos, no hablar bien) de aquéllos que piensan de manera diferente a nosotros...

Magdalena Aulina, nuestra "encina", ha sufrido terribles tribulaciones y ha tenido muchos enemigos. Sin embargo, obediente a la gracia del Señor, como san Pablo, no dejó de orar y pedirle al Señor la gracia de perseverar en la fe y en el amor. Magdalena rezó y pedía que rezaran por quienes la "persegúan". Era feliz en la esperanza y fuerte en la confianza en Dios, que todo lo puede. Estaba segura de que Dios nunca abandona a quienes lo buscan sinceramente. ¡Realmente, tenemos mucho que aprender!

